



---

**Chaire de Recherche du Canada  
en Mondialisation, Citoyenneté et Démocratie**  
<http://www.chaire-mcd.ca/>

## DOCUMENT DE TRAVAIL DE LA CHAIRE MCD

—  
**numéro 2002-10**

*Les idées exprimées dans ce document n'engagent que l'auteur. Elles ne traduisent en aucune manière une position officielle de la Chaire de recherche du Canada en Mondialisation, Citoyenneté et Démocratie.*

**Chaire de Recherche du Canada  
en Mondialisation, Citoyenneté et Démocratie**

Université du Québec à Montréal  
CP 8888, succursale Centre-Ville  
Montréal, Québec  
CANADA H3C 3P8



## **Las elecciones nacionales de 1999 y 2001 Fluctuación del voto, debilitamiento de la cohesión partidaria y crisis de representación**

Isidoro Cheresky

Las elecciones nacionales de 1999 y 2001 tuvieron una gran significación política e institucional, aunque la magnitud de la renovación de cargos en cada una de ellas haya sido diferente<sup>1</sup>. Ambas fueron pletóricas en novedad política y provocaron directa o indirectamente un cambio en el poder. De modo que su análisis permitirá comprender la evolución reciente de la vida política, de las instituciones representativas, de los partidos políticos y de la ciudadanía capturados por la crisis de representación.

Ambas elecciones ofrecen un contraste marcado entre sí, más allá del poder institucional que estuvo en juego en cada caso. En tanto que la renovación presidencial hacia el final del siglo XX se hizo en un clima de esperanza y moderado optimismo que consagró una alternancia en la que por primera vez un presidente peronista entregaba el poder a un opositor, las elecciones más recientes expresaron la frustración con el cambio político iniciado dos años antes, una frustración que también apuntaba a los dirigentes políticos en general y en particular a los candidatos de los partidos tradicionales.

En 1999 la pugna política giraba en torno a la experiencia de la década de los 90. Los gobiernos sucesivos de Carlos Menem habían cambiado la Argentina produciendo estabilidad monetaria y desarrollo económico en los primeros años, pero al precio de una integración dependiente en el mundo que finalmente había aparejado estancamiento y recesión y cuya cristalización era una deuda pública muy incrementada y un déficit fiscal considerable. En esos años las amenazas corporativas a la democracia se habían debilitado o esfumado, pero las prácticas institucionales eran deficientes, habiéndose extendido el decisionismo presidencial alentado por la diluida división de poderes. El poder concentrado había posibilitado un arbitrio de los funcionarios que los llevó, en algunos casos, a dar cuenta de sus actos en los tribunales y acreditó en la ciudadanía la sospecha de una corrupción generalizada en las dependencias administrativas y políticas del Estado. El Pacto de Olivos que facilitó la reforma de la Constitución de 1994 quedó como un símbolo de la capacidad presidencial de manipular y arrinconar a la oposición con el principal propósito

---

<sup>1</sup> En 1999 se realizaron elecciones nacionales para la renovación de los cargos nacionales (Presidente y la mitad de la Cámara de Diputados, pero no Senadores), gobernadores y legisladores provinciales, intendentes y representantes locales. En verdad, se trata de un ciclo electoral que se inició con las elecciones provinciales de Córdoba en diciembre de 1998 y concluyó en mayo de 2000 con la elección del jefe de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Pero el epicentro ha sido la fecha del 24 de Octubre de 1999 en que se realizaron las elecciones para los cargos nacionales y los de algunas provincias.

El 14 de Octubre del 2001 se llevaron a cabo elecciones nacionales para la renovación parcial de la Cámara de Diputados y para la renovación completa del Senado Nacional, que por primera vez se elegiría por voto directo de acuerdo a las modificaciones introducidas en la Constitución con la reforma de 1994.



de posibilitar su permanencia en el poder, lo que apareció reiterado y frustrado unos años después cuando el presidente Carlos Menem intentó reeditar su pretensión reeleccionista a espaldas de la Constitución que él mismo había reformado.

Después de la primera reelección de Carlos Menem, el descontento social se había incrementado alentando un reagrupamiento de la oposición, lo que se tradujo en la conformación de una coalición entre el Frepaso, naciente fuerza política de centroizquierda que había ocupado el segundo lugar en las elecciones presidenciales de 1995, y el centenario partido Unión Cívica Radical. Este conglomerado ganó por amplio margen las elecciones nacionales de renovación parlamentaria de 1997, pero ya entonces era perceptible que en él convergía un electorado heterogéneo constituido, por una parte, por quienes rechazaban el llamado “modelo” basado en la convertibilidad del peso y en la apertura de la economía y, por otra parte, por quienes se oponían a un estilo de gobierno marcado por la transgresión a las normas institucionales y sospechado de negociados de un volumen superior a los usuales en los regímenes democráticos. Asimismo, existía una amplia sensibilidad social y descontento con los altos índices de desocupación y pobreza que revelaba insatisfacción con la difundida creencia oficial que el mercado haría su obra extendiendo a los excluidos por derrame los beneficios del esperado crecimiento.

La ilusión que generó la creación de la Alianza y la perspectiva de un cambio de orientación a nivel general como resultado del pronosticado éxito en las elecciones presidenciales fue moderada pero consistente. Esa convergencia electoral, sin embargo, no se profundizó ni se convirtió en un movimiento de renovación política y social que involucrara a la sociedad estimulando la participación y la deliberación como inicialmente se pensaba; debilidad en la formación de un sustento social que no dejó de tener consecuencias electorales, e incluso institucionales, cuando llegó la hora de gobernar.

La postulación del candidato presidencial de la Alianza, el futuro presidente Fernando De la Rúa, fue la culminación de una dinámica política que se cifraba en dar primacía al voto rechazo; en otras palabras, desde que las elecciones de 1997 habían mostrado la amplitud del voto aliancista, se esperaban las presidenciales para la reiteración de esa amplia disposición de voto negativo al Presidente saliente sin que se prestara mayor atención a hacer público un programa de gobierno<sup>2</sup>.

Fernando De la Rúa había sido siempre minoritario en su partido y si había prosperado en su carrera política hasta alcanzar la jefatura del gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y luego ganar la postulación a la presidencia era por su popularidad social, recogida por las encuestas de opinión, y no porque gozara del reconocimiento mayoritario entre sus compañeros de partido. Siendo considerado un radical de centro derecha fue, sin embargo, bien aceptado por la fuerza de centro izquierda de la coalición una vez que ganó las

---

<sup>2</sup> Por cierto, en su momento, a instancias de Raúl Alfonsín se formó el Instituto Programático de la Alianza que delineó un Programa y dirigió una Carta a los Argentinos, pero estos documentos no inspiraron ni la campaña del candidato ni, ulteriormente, la acción de gobierno.



elecciones internas abiertas a Graciela Fernández Meijide, la rival que éstos le habían opuesto<sup>3</sup>.

Finalmente, la fórmula presidencial fue completada con el líder del Frepaso “Chacho” Alvarez, en tanto que la por entonces también popular Graciela Fernández Meijide fue consagrada candidata de la Alianza para la gobernación de la Provincia de Buenos Aires.

Desde 1983 la importancia del electorado independiente había ido creciendo, de modo que los resultados de las elecciones en la naciente democracia eran inciertos, dependían de lo que sucediese en la campaña electoral. Sin embargo, en estos comicios, como en los que se habían efectuado en 1989 al final del mandato de Raúl Alfonsín, el resultado parecía definido por adelantado; el voto contra Menem afectaría a quién se presentara como candidato del partido oficialista, y ello fue así aunque el postulante fuera Eduardo Duhalde, reconocido adversario del presidente saliente aunque asiduo participe del poder oficialista.

Eduardo Duhalde había enfrentado a Carlos Menem en los años precedentes contribuyendo decisivamente a impedir una reiterada postulación del Presidente saliente, pero pese a ello no logró diferenciarse ni logró aparecer como pretendía, no sólo como una variante del voto antimennemista, sino incluso como la mejor<sup>4</sup>. Duhalde se empeñó en la diferenciación a lo largo de la campaña electoral, infringiendo incluso el consenso generalizado sobre la política económica hasta llegar a abordar el tema tabú de la deuda externa, proponiendo una condonación de la misma para facilitar futuros pagos menores de intereses y capital. Dada la desventaja en que lo colocaban las encuestas, en él recayó el rol de *challenger* durante la campaña electoral, empeñado en alterar una escena que parecía ya haber definido los lugares de uno y de otro, en tanto que el presumido triunfador se limitaba a formular una mínima promesa de moralización de la vida pública y de genérica mejora en las condiciones de vida. Esta estrategia de Fernando De la Rúa fue exitosa pues, como estaba previsto, ganó cómodamente las elecciones, pero mostró sus límites puesto que el margen de ventaja fue bastante inferior al previsto y con un efecto de arrastre también inferior al esperado<sup>5</sup>. La derrota de la Alianza en la disputa por la estratégica gobernación de la provincia de Buenos Aires amortiguó el resultado de las elecciones presidenciales y proveyó la imagen de un cierto equilibrio de fuerzas.

---

<sup>3</sup> El 29 de noviembre de 1998 Fernando De la Rúa se impuso a Graciela Fernández Meijide en las elecciones internas abiertas que realizó la Alianza para dirimir la candidatura presidencial. Se emitieron 2.384.784 sufragios, es decir, votó el 12,8% de los electores habilitados. El postulante radical obtuvo el 63,8% de los sufragios luego de una extraña campaña en donde los candidatos no podían expresar diferencias sustantivas, puesto que se suponía estaban comprometidos por un programa común. Algunos líderes del Frepaso consideraban que el candidato radical era el más apto para asegurar el triunfo de la Alianza en las futuras elecciones nacionales y ello debe haber pesado en la modesta performance de la candidata progresista.

<sup>4</sup> De hecho, había sido el vicepresidente de Menem electo en 1989 y luego había renunciado para conquistar la gobernación de la provincia de Buenos Aires. Era una figura destacada del elenco peronista y el que no haya participado del Pacto de Olivos y luego se opusiera a la segunda reelección no lo acreditaron en un rol opositor sustantivo.

<sup>5</sup> Las encuestas le habían dado unos meses antes hasta 20 puntos de ventaja, ahora que ésta finalmente no superó los 10 puntos. Lo más significativo es que los candidatos a diputados de la Alianza recogieron un porcentaje menor de sufragios que en 1997, cuando ésta acababa de constituirse.



Es que las elecciones nacionales de 1999 requieren de una presentación matizada de sus resultados. El candidato de la Alianza ganó las elecciones generales con un voto sino homogéneo sí mayoritario en casi todo el país: se impuso en 20 de los 24 distritos. Por el contrario, a nivel de gobernadores, los justicialistas ganaron en 14 provincias incluyendo las más importantes, en tanto que la Alianza sólo obtuvo el triunfo en 8 de ellas<sup>6</sup>. Esta diferencia en el resultado proviene de una importante fluctuación en el voto entre la disputa presidencial, la de diputados nacionales y la de gobernadores, que fue facilitada por el hecho que sólo en seis casos se eligió el ejecutivo provincial el mismo día que el Presidente de la Nación, en otros dieciséis las elecciones fueron anteriores en tanto que en la Ciudad de Buenos Aires se llevaron a cabo recién en mayo del año 2000.

La competencia por conquistar el voto de una ciudadanía crecientemente independiente y, en consecuencia, de voto fluctuante, fue tempranamente percibida por partidos y líderes e indujo una profunda evolución en las prácticas políticas. Por una parte, la atención a los lazos directos entre líderes y ciudadanos alteró los mecanismos de selección de candidatos y, aún más permanentemente, la definición de los centros de poder en los partidos: las estructuras y los liderazgos surgidos de la acumulación o la competencia en el interior del aparato partidario cedieron rápidamente el paso a líderes que por su popularidad directa eran requeridos por los partidos a los que pertenecían en algunos casos, o directamente constituían una nueva fuerza política en torno a su popularidad.

Al mismo tiempo persistieron estructuras políticas que son fuente de adhesión ciudadana, aunque las lealtades cautivas están en franca disminución. La práctica de coaliciones se ha extendido pero sólo en algunos casos como expresión de un proceso de convergencia política, en otros, y ello fue notorio en las elecciones mencionadas, se produjeron coaliciones a un cierto nivel de institucionalidad entre fuerzas que competían entre sí a otro nivel. La coalición Alianza mostraba por primera vez al histórico partido radical en asociación con una fuerza nueva y en parte contestataria e incluso cediéndole posiciones claves como la vicepresidencia, la candidatura a gobernador de la provincia de Buenos Aires y a jefe de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, entre otras.

En definitiva, las elecciones generales de 1999 ilustraron el significativo alcance de la fluctuación política; el sorprendente triunfo de Raúl Alfonsín en 1983 no había sido un hecho excepcional e irrepetible. El sistema político era crecientemente competitivo y ello debido a una ciudadanía que evolucionaba hacia el abandono de su inscripción preferencial en torno a la fractura peronismo anti-peronismo. Pero, ¿se trataba simplemente de un evolución hacia una mayor competitividad política en los marcos institucionales conocidos? El sistema político mismo mostraba signos decisivos de transformación, los partidos estaban en un cierto proceso de desagregación en el que se privilegiaba a los líderes de opinión como centros de poder y a las encuestas y los medios de comunicación como recursos de percepción y captación de ciudadanos votantes. Cada vez menos era posible

---

<sup>6</sup> La gobernación de una provincia, Neuquen, fue ganada por un partido provincial, y otra, Corrientes, no eligió gobernador pues se hallaba intervenida.



identificar campos políticos en lucha perfectamente delineados en los diferentes niveles de competencia.

Dos años después, para las elecciones nacionales de renovación de la Cámara de diputados y de elección por primera vez de todos los Senadores por voto directo efectuadas el 14 de Octubre, el panorama político había cambiado sustancialmente y las tendencias apuntadas se habían acentuado.

Lo sobresaliente de ese escrutinio fue la extensión del rechazo a las alternativas políticas existentes: uno de cada cuatro ciudadanos se abstuvo de votar y, entre quienes lo hicieron, una proporción similar lo hizo con un sufragio anulado o en blanco. Por otra parte, la proporción de votos concentrada en los grandes partidos mayoritarios fue mucho menor que la media histórica y ello en provecho de pequeñas formaciones de centro izquierda emergentes o de los mini partidos de izquierda.

Esta deserción ciudadana de los encuadramientos tradicionales opacó el triunfo del peronismo, que fue abrumador en términos relativos, y que le dio el predominio que le faltaba en la Cámara baja y reforzó su posición en algunas provincias, pero que se vio relativizado por el hecho que esta fuerza opositora también había perdido votos respecto a la elección precedente, la que en su momento había marcado la mayor derrota del peronismo desde la refundación democrática de 1983. La Alianza, la gran perdedora en términos institucionales había, por su parte, experimentado una verdadera debacle reduciendo su peso electoral a menos de la mitad de lo que había reunido en la elección precedente.

Estos resultados eran signos de una discontinuidad del sistema representativo, ilustración de una crisis cuyo primer afectado era el gobierno, el que se hallaba a tal punto aislado que no había contado con candidatos que se identificaran con él o que, al menos, hubiesen prescindido de sumarse al coro crítico. En verdad, la reacción gubernamental ante el resultado adverso procuró transformar la debilidad en fortaleza aunque con el ingenuo recurso de sostener que, no habiendo estado presente en la lid, el pronunciamiento electoral no lo alcanzaba. Lo que de todos modos contaba a su favor es que el peronismo, pese a su éxito, no podía evitar los efectos del descrédito general de los dirigentes políticos y que se hallaba fracturado en torno a varias jefaturas en pugna. La debilidad general le daba así al gobierno algunas posibilidades que no fueron aprovechadas.

Unos meses después, a fines de diciembre, el descontento popular se amplificaría al confrontarse con un poder presidencial débil y a la vez reacio a tomar en cuenta los resultados electorales. Luego del escrutinio parecía posible pensar en una recomposición política que, tomando en cuenta el veredicto popular, reorientara la acción gubernativa sobre la base de una coalición amplia. Pero la renuencia del presidente en llevar a cabo esa reorientación terminó creando las condiciones para un abandono anticipado del poder.

El resultado electoral, aunque sorprendente por su forma y amplitud, no fue en absoluto inesperado. La ciudadanía, confinada a una posición de opinión pública expectante, había



asistido a los vaivenes político y económicos en que se envolvió la gestión de la Alianza. La economía continuó estancada y, por ello, bajo el peso creciente de la deuda externa. La dependencia del país respecto al flujo de capitales, sobre todo financieros, y a las recomendaciones de los organismos internacionales de control, en particular del FMI, se fue incrementando a la par. De modo que el gobernar necesitaba cada vez más de tener en cuenta los requerimientos del mercado y de los mencionados organismos que esperaban una gestión de reducción del gasto que hiciera verosímil el cumplimiento de los compromisos de pago. Pero estos requisitos de equilibrio, de gobernabilidad, solían ir a contracorriente de la preservación del lazo de representación política. La evolución de las expectativas de los inversores, expresada en el índice de riesgo país construido por las agencias calificadoras, fue, durante el año 2001 en especial, una suerte de espejo que guiaba los temores y las reacciones públicas de esos mismos agentes bursátiles. Cada día los mercados daban la tónica de la situación y el gobierno, así como los particulares, eran compelidos a actuar en consecuencia. De hecho, este índice anunció la interrupción del crédito público bastante antes que se declarara la cesación de pagos.

Un factor mayor de deterioro político ha sido el modo vergonzante en que las decisiones políticas se alinearon con esa presión internacional. Durante este periodo el gobierno emitió decretos y el parlamento votó leyes que imponían sacrificios salariales e impositivos a los ciudadanos o atribuían poderes excepcionales a los gobernantes, eludiendo por lo general una explicación pública responsable y atribuyendo más bien su actuar a las presión de personas y entidades de facto que tenían una capacidad de represalia que obligaba a conceder.

El desempeño de las fuerzas políticas fue acorde con sus responsabilidades institucionales. La Alianza reveló no disponer de otra política económica que la de tratar de mantener el modelo que había resultado exitoso en el primer quinquenio de los '90 y se inhibió de tomar cualquier iniciativa en este plano. El desencanto con la gestión de Fernando De la Rúa se debió mas bien a su incompetencia y a su incapacidad por reformular un rumbo, pero la opinión no hacía recaer las responsabilidades del deterioro de las condiciones de vida y del endeudamiento nacional exclusivamente en esta gestión de gobierno. La frustración inicial provino de constatar que la promesa de otro estilo político, si bien inicialmente moderó el decisionismo, luego fue olvidada. El decisionismo, retomado con entusiasmo, revelaba más la arbitrariedad y el deseo de evitar una argumentación pública en contextos deliberativos, que la energía ejecutiva eficiente.

Asimismo se frustró la expectativa de moralizar la vida pública y de disipar el sentimiento de que en paralelo a los esfuerzos personales del común de la gente, persistía la corrupción institucional. Esta rápida evaporación de perspectivas y la embrionaria desafección de los ciudadanos se cristalizaron en el affaire de las "coimas del Senado", que estalló al trascender la sospecha que algunos representantes habían sido sobornados para obtener su voto en la sanción de una importante ley. De ese modo, antes de cumplirse un año de acceso al poder, el vicepresidente de la Nación renunciaba ruidosamente en protesta por una conducta presidencial considerada como de connivencia con los presuntos actos delictivos, iniciándose el proceso de desagregación de la Alianza gobernante. Este hecho



tuvo una gran implicancia política puesto que no se trató tan sólo del debilitamiento, que se revelaría fatal para ella, de la coalición gobernante. En él se evidenció un naciente divorcio entre la vida de las instituciones políticas, en las que operaban mecanismos de solidaridad corporativa sospechados de ocultar la apropiación de recursos públicos y el tráfico de influencias, y el estado de la opinión que se sentía cada vez más divorciada del “espectáculo político”. Este juicio negativo hacia la “clase política” incluía el desapego de la opinión hacia lo que aparecía como un exceso de complicidades, incluyendo los acuerdos de cooperación política, aunque éstos a veces indicaban una razonable disposición a preservar las instituciones.

En la crisis por la presunción de sobornos en el Senado, el vicepresidente “Chacho” Alvarez y algunos pocos miembros del cuerpo aparecieron dispuestos a impulsar la investigación trabada por los bloques mayoritarios. Cuando se dio intervención a un juez federal, sometido él mismo a juicio político por sospechas de enriquecimiento ilícito, éste condujo la investigación a un impasse luego de un desempeño poco profesional.

La ciudadanía, alentada por los medios de comunicación, que revelaron indicios y obtuvieron confesiones informales y trascendidos en el ámbito senatorial, estaba convencida de la verdad de los hechos denunciados y por un momento respaldó al vicepresidente renunciante cuando éste reaccionó ante lo que aparecía como indolencia o complicidad presidencial.

Esta crisis abrió un hiato entre la ciudadanía y la representación que se iría ensanchando con el tiempo. Desde la renuncia de Alvarez -10 de Octubre del 2000- en adelante, la coalición se debilitó entrando el Frepaso en un proceso de disgregación. Pero lo más notorio sería el desapego de la opinión, en particular del sector que había votado a la Alianza y que ahora, confrontada al desconocimiento aún de las promesas mínimas y a la vorágine de la crisis económica, se situaría en una posición fluctuante. Pasado el momento inicial de adhesión al vicepresidente renunciante, éste cayó en el descrédito al no ser capaz de dar una continuidad pública a su liderazgo. Del mismo modo, Domingo Cavallo gozó de una imprevista popularidad cuando, varios meses después en abril del 2001, en medio de los vaivenes de la sucesión del Ministro de Economía de la Alianza, terminó haciéndose cargo de esa función y esbozó una política que procuraba armonizar la responsabilidad ante los mercados y los acreedores, con promesas de política económica que iban en el sentido de las expectativas ciudadanas.

El ciclo de liderazgos efímeros incluye aquellos políticos cuyo reconocimiento proviene de una denuncia intransigente de los padecimientos populares y las responsabilidades justamente de la “clase política”, que son muy observados en su estilo político y pueden rápidamente ver su estima pública erosionada.

Los vaivenes de estos liderazgos efímeros forman parte del clima general de rechazo creciente a los dirigentes, que se alimentaba tanto de las sospechas de corrupción como del desagrado ante los mencionados procedimientos de cooperación política, lo que cristalizó en presumir la existencia de una “clase política”. La aprobación de leyes fundamentales





(ley de reforma laboral, ley de competitividad, ley de déficit cero) se alcanzaron gracias a la colaboración implícita o explícita de las principales fuerzas políticas. Cuando Domingo Cavallo se hizo cargo del Ministerio de Economía y requirió una importante concentración de poderes contenidos en la ley de competitividad, el tan denostado Ministro gozaba de un amplio apoyo en la población y sus políticas entonces neokeynesianas concitaron la esperanza de una salida de la recesión y del estrangulamiento económico y ello le permitió obtener un apoyo parlamentario proveniente de fracciones de todo el espectro político. Otras leyes, como la de déficit cero, fueron aprobadas merced a la ejecución del ya célebre método Jaroslavsky<sup>7</sup> por el cual la oposición, pese a pronunciarse en contra del proyecto de ley, da un apoyo implícito contribuyendo a formar quórum pero sin participar plenamente con todos sus integrantes de las sesiones, de modo tal que en el momento de la votación no prevalezca el voto negativo. En algunos casos incluso se prestan votos para alcanzar las mayorías necesarias.

Esta imagen de acuerdos y complicidades en las instancias representativas debe ser completado con la constatación que a lo largo de este proceso se produjo una fragmentación considerable de los grupos partidarios, aunque no siempre fue explícita, que reflejaba en el interior de los partidos la crisis de representación.

Algunos de estos procedimientos revelaban no sólo complicidades sino quizás, en algunos casos, contribuciones inevitables o incluso deseables a la estabilidad institucional, pero que coadyuvaron a ahondar el cisma entre las instituciones y el estado de la opinión. Al calor de una crisis continua que fraccionó a las fuerzas políticas al tiempo que las impulsaba a participar de un consenso de emergencia, se configuró la crisis de representación. Los ciudadanos, defraudados y con nuevas demandas surgidas de la crisis, no se sentían representados y ello no sólo porque los lazos originales se habían fracturado, sino sobre todo porque los dirigentes políticos se hallaban a la defensiva y su preocupación por la gobernabilidad, por alejar el país de la debacle definitiva y, en el caso de algunos de ellos, por la defensa de sus intereses y negociados, los alejaba de la enunciación de alternativas al curso emprendido por el gobierno. Esta incapacidad era paralela a una propensión a instalarse en el campo crítico y a desolidarizarse del gobierno. De modo que con frecuencia los mismos actores institucionales procuraban expresar el descontento aún sin elaborar salidas, a la vez que actuaban en vistas a asegurar la gobernabilidad, suscitando la sospecha sobre sus motivaciones. En este sentido, gobierno y oposición se hallaban desdibujados puesto que esta última tampoco podía jugar su rol plenamente. En esta paradójica impotencia reside una de las principales raíces recientes del descrédito de los dirigentes y más aún de la desilusión política.

En paralelo a la crisis y decadencia económica se instaló así la crítica a la política en tanto tal, en la que convergieron diferentes perspectivas. La constatación de la raíz política de la

---

<sup>7</sup> Cesar Jaroslavsky, presidente de la bancada de la UCR en 1989 cuando se produjo la transmisión anticipada del mando de R. Alfonsín a Carlos Menem, debió hacer cumplir los compromisos que llevaron a la bancada radical a facilitar la aprobación de leyes parlamentarias antes que se institucionalizara la primacía peronista. Los procedimientos aplicados en ese momento, y que se renovaron ulteriormente, dieron el nombre al método.



crisis argentina – es decir, que la situación de la economía era resultado al menos parcialmente de decisiones de gobierno y no tan sólo de circunstancias accidentales o externas-, acompañada de la intuición popular sobre el sistema ilegítimo de distribución de bienes y financiamiento de la política, alimentaron la expectativa de profundas reformas en este ámbito. Estas reformas, si se adoptaba una perspectiva consistente, requerían una verdadera reestructuración del Estado<sup>8</sup>, pero desde otra perspectiva que fue más comúnmente seguida, se trataba tan sólo de reducir el gasto político, suprimiendo en algunos casos y achicando en otros las instancias representativas, disminuyendo los salarios y los gastos de los legisladores, etc. En asociación con estos reclamos referidos al gasto, se formulaban otros que apuntaban a una mejor representación basada en una intervención más directa de la ciudadanía en la elaboración de la “oferta” política y en las consecuencias de su voto<sup>9</sup>. Estos planteos mezclaban una crítica lúcida a la corrupción política estructural con una apresurada descalificación de los recursos institucionales existentes, y el sentido emergente de esa amalgama era el reclamo antipolítico que proponía tirar todo por la borda o emprender reformas apresuradas. Esa orientación era estimulada por portavoces de un ideal de desreglamentación mayor en provecho de una lógica de espontaneidad social y de mercado. Sin embargo, la corriente mayoritaria de reclamos, si bien tiene la característica heterogénea de todo movimiento de opinión, está predominantemente dirigida a reclamar la reestructuración del Estado y a reestablecer su intervención reguladora. Esta tendencia esta basada en la experiencia de retiro del Estado de los noventa que es ahora mayoritariamente percibida como negativa<sup>10</sup>.

De modo que los resultados electorales del 14 de Octubre de 2001 tienen su fuente no en un estado circunstancial de la opinión sino en un proceso de más largo aliento, y si su repercusión no fue inmediatamente percibida en toda su amplitud, ello se debe a las mismas razones de extrañamiento en que se encontraban los dirigentes políticos.

---

<sup>8</sup> Dos aspectos fundamentales de estas reformas del Estado se referían, por un parte, a la eliminación de los circuitos partidarios y particularistas de atribución de beneficios y de asignación de gastos públicos, en pos de criterios universalistas y de instituciones que den cuenta del uso de los recursos; y, por otra parte, a la eficacia en el cobro de impuestos, lo que requería de decisión política, técnica y conciencia ciudadana. El sentimiento de injusticia que en cada ciudadano tiene una base intuitiva, se refiere en buena medida a estos dos aspectos cruciales en que falla el Estado argentino: la atribución de recursos y la responsabilidad fiscal.

<sup>9</sup> Uno de esos reclamos pretende obligar a los partidos a llevar a cabo internas abiertas, y otro a modificar los mecanismos de representación suprimiendo la lista colectiva para grandes distritos, llamada sábana, en provecho de circunscripciones uninominales o de un número pequeño de representantes que así podrían ser conocidos por los electores. Ambas reformas expresan un saludable reclamo de visibilidad, pero deberían ser examinadas con detenimiento porque podrían ser lesivas de la libertad política, la una, y de una representación más amplia de las minorías, la otra.

<sup>10</sup> Una encuesta hecha en Capital y en el conurbano bonaerense luego de las elecciones del 14 de Octubre de 2001 indicaba que más del 80% de los entrevistados estaba a favor de un Estado que intervenga para distribuir equitativamente la riqueza, Graciela Romer & Asociados (La Nación, 28-10-2001).

En otro estudio de opinión se observaba que en el mismo ámbito de la Ciudad de Buenos Aires y el conurbano la propensión estatista era fuerte (41% por la nacionalización de la banca, contra 39% en desacuerdo; 65% por la reestatización de las empresas públicas privatizadas, contra un 26% de opinión contraria), aunque la intención mayoritaria era de no dar la espalda al mundo (60% en contra de no pagar más la deuda externa, contra un 34% de opinión contraria), Hugo Haime y –Asociados (Página 12, 24-3-2002).



## Luces y sombras del triunfo de la Alianza en las elecciones nacionales de 1999

La amplia ventaja de Fernando De la Rúa sobre Eduardo Duhalde de más del 10% (48.4% el candidato de la Alianza contra 38.3% de su adversario peronista) le dio una legitimidad equiparable a la de sus antecesores en la Presidencia de la Nación, quienes habían triunfado por márgenes análogos. Por cierto, esta circunstancia se vio matizada por los resultados provinciales y por la traducción institucional de los resultados en la composición de las Cámaras.

Sin embargo, era grande la significación de este triunfo para el funcionamiento de las instituciones políticas. Se ratificaba la competitividad de la vida política puesto que por segunda vez, luego del inesperado acceso de Raúl Alfonsín a la Presidencia en el comienzo de la refundación democrática, los peronistas eran derrotados en elecciones libres y esta vez precisamente el Presidente justicialista saliente transmitiría el mando a un opositor.

La derrota de Eduardo Duhalde era indudable e ilustrativa del descenso del voto cautivo de esta fuerza política que fuera considerada otrora como imbatible, puesto que se trataba del peor resultado obtenido por ella desde el reestablecimiento de la democracia<sup>11</sup>. Los resultados de las listas de diputados nacionales peronistas estaban en retroceso respecto a las anteriores elecciones en las que esas listas ya había sido derrotadas: 1997: 36.3%; 1999: 32,7%.

Pero en las elecciones provinciales se produjo una reversión de tendencia. En 15 de ellas los comicios se celebraron en una fecha anterior al de las elecciones para cargos nacionales, en muchos casos para evitar el efecto arrastre de la elección presidencial, y efectivamente en nueve de ellas el resultado fue de signo contrario al nacional y en todas éstas se consagraron gobernadores peronistas. En algunas provincias que votaron sus autoridades en la misma fecha de la elección presidencial se produjo un efecto arrastre que favoreció a la Alianza, pero en el caso de la provincia de Buenos Aires esta influencia de la elección nacional no fue operante y los peronistas obtuvieron un resonante triunfo que empalideció el resultado nacional favorable a la Alianza. Tanto más cuanto que este ámbito local fue sede de una batalla política con suspenso a diferencia de la puja presidencial que, como se ha señalado, tenía desde el inicio un triunfador presumido.

La primacía de Carlos Ruckauf sobre Graciela Fernández Meijide en la lucha por la gobernación bonaerense afectaba por cierto a la Alianza, que alienaba en manos de la oposición el control de uno más de los grandes distritos y, en particular, a su socio de centro izquierda, el Frepaso, que veía sus candidatos propios descartados y sólo se

---

<sup>11</sup> El escore de los candidatos justicialistas a la presidencia había sido el siguiente: 1983, 40.15%; 1989, 47.39%; 1995, 47,87%; 1999, 38.3%.



resarciría unos meses después con el triunfo para la jefatura de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires<sup>12</sup>.

Como se ve por los resultados, la Alianza había logrado triunfar canalizando el voto anti-menemista a nivel nacional. Pero la estrategia del postulante presidencial, cifrada en retener un electorado capturado desde el inicio, le hizo finalmente alcanzar un resultado que, aunque le atribuía una legitimidad indiscutida, era inferior al que pronosticaban las encuestas hasta un par de meses antes del escrutinio, y que comportaba un retroceso respecto al nivel obtenido por la coalición en las precedentes elecciones legislativas de 1997.

### Resultados de las dos principales fuerzas políticas en las elecciones para diputados nacionales (en porcentajes) \*

	1999	1997
<b>Alianza</b>	43,7%	45,7% (36.3 + 7 + 2.4)
<b>Justicialismo</b>	32,7%	36,3%

\* Los resultados globales de la Alianza incluyen los obtenidos por sus integrantes en aquellos distritos en que se presentaron por separado.

En resumen, el resultado de las elecciones era discernible en su sentido general pero no transmitía un mensaje único, el voto había sido fluctuante entre los diferentes niveles de representación y el resultado institucional denotaba una dispersión del poder. La Alianza alcanzó a formar una primera minoría de 119 diputados (UCR 83, Frepaso 36) frente a 100 del justicialismo sobre un total de 257 legisladores<sup>13</sup>. En tanto en el Senado el justicialismo seguía siendo mayoritario con 39 miembros frente a 21 de la Alianza y 9 de los partidos provinciales, aunque la renovación de este cuerpo no estaba en juego en estas elecciones. El justicialismo continuaba al frente de 14 gobernaciones, en tanto que la Alianza sólo alcanzaba a encabezar 8 distritos al final de este proceso. Este equilibrio institucional era por una parte resultado de la mencionada fluctuación del voto pero, resultaba también de un sistema electoral que, al sobre ponderar el voto en las provincias más pequeñas y menos desarrollada, favorece al peronismo que aparece bien implantado en varias de ellas<sup>14</sup>.

<sup>12</sup> Entre los candidatos de la Alianza el Frepaso contaba con el candidato a vicepresidente, Carlos Alvarez, y dos candidatos a gobernador, en las provincias de Buenos Aires y Neuquén, que en el momento de ser postulados se los consideraba con posibilidades de éxito. Graciela Fernández Meijide, una vez derrotada en las elecciones internas de la Alianza en las que se definió el candidato presidencial, prefirió la postulación a gobernadora de la provincia de Buenos Aires donde tenía una elevada imagen de popularidad, a integrar la fórmula presidencial en el segundo puesto. El Frepaso también contabilizó el triunfo de algunos de sus candidatos a jefe comunal en localidades del conurbano bonaerense.

<sup>13</sup> El vasto conglomerado de los partidos provinciales reunía 27 miembros y Acción por la República, liderado por Domingo Cavallo, contaba con 11 legisladores.

<sup>14</sup> El carecer de mayoría parlamentaria y el hecho de tener en frente a una oposición que controla la mayoría de los grandes distritos serían sin duda factores de debilidad de la Alianza en el gobierno, pero ello parece haber sido secundario respecto a la vulnerabilidad de la acción presidencial y a las luchas intestinas que primaron en el propio oficialismo. En cuanto a la distorsión federal del voto consistente en una sobre



## **Estrategias de campaña y fluctuación de voto**

Las elecciones generales de 1999 no fueron, como era el caso para estos eventos en el pasado, un acto simultáneo, sino que se desgajaron en el tiempo siguiendo los criterios variados de los gobiernos nacionales y locales. Se iniciaron en diciembre de 1998 con los comicios locales en Córdoba y finalizaron en mayo de 2000 con los efectuados en la Ciudad de Buenos Aires. La anticipación de las elecciones locales, estuvo influenciada por la presunción de un resultado adverso al oficialismo a nivel nacional, lo que incitó, especialmente a los gobernadores de ese signo político, a disociarse de la debacle adelantando las elecciones<sup>15</sup>.

A esta incitación institucional a considerar separadamente la decisión de voto provincial de la nacional a que se vieron sometidos los ciudadanos, se sumaron otras iniciativas más precisas de los actores políticos que favorecieron la fluctuación.

Algunos candidatos a gobernador de partidos provinciales – Carlos Balter del Partido Demócrata de Mendoza y Luis Patti de la Unidad Bonaerense de la Provincia de Buenos Aires-, en provincias que realizaron sus elecciones locales simultáneamente con las nacionales, resolvieron presentar boletas incompletas, es decir, sin el segmento de la fórmula presidencial, dejando a sus electores en la disyuntiva de elegir un candidato de otro partido o eventualmente abstenerse para ese cargo. Estos candidatos locales confiaban en tener una capacidad de arrastre suficiente como para contrarrestar el habitual punto de referencia en la decisión del voto, la fórmula presidencial, y consideraron que, por el contrario, aliarse a alguna fórmula para el ejecutivo nacional desalentaría a sus partidarios que no tenían preferencias convergentes a ese nivel<sup>16</sup>.

Una incitación a la deslealtad electoral aún más estructurada ha sido la adopción a un nivel de representación dado de un mismo candidato en listas que compiten por otros cargos en la misma elección. Los casos más notorios se dieron también en las provincias de Buenos Aires, la inclusión acordada de Carlos Ruckauf, candidato a gobernador del Partido Justicialista, en las boletas de Acción por la República (AR) y de la Unión del Centro

---

representación parlamentaria de las provincias chicas, ella es indudable, como lo demuestran los trabajos de Natalio Botana y Ernesto Calvo en Calvo, E. y Abal Medina, J. M. (2001), pero no deben ser exageradas. Para obtener mayoría en la Cámara baja el justicialismo necesitó ganar, luego de acceder a la presidencia en 1989, varias elecciones sucesivas y sólo la alcanzó en 1995 y por un corto período.

<sup>15</sup> De todos modos, hubo gobernadores radicales que también impulsaron una fecha adelantada para las elecciones en su provincia.

<sup>16</sup> En verdad los mencionados candidatos se vieron defraudados, Carlos Balter, que unos meses antes de las elecciones estaba a la cabeza de las intenciones de voto, fue superado por el candidato de la Alianza, quién se vio favorecido por el mencionado efecto arrastre del candidato presidencial y por la candidatura justicialista para la gobernación reforzada por el acuerdo a nivel provincial con Acción por la República. La lista encabezada por Luis Patti también fue desfavorecida por la polarización incitada por la campaña del candidato Carlos Ruckauf, obteniendo un score inferior a la esperanza suscitada por las encuestas.



Democrático (UCeDé); y en Mendoza, la lista mixta de AR y PJ para los niveles de gobernador y diputados nacionales<sup>17</sup>.

De todos modos lo más significativo ha sido la libre pluralidad de preferencias en comicios desdoblados – en particular, aquellos que votaron por ejemplo candidato a Presidente de un partido y candidato a gobernador de otro- y, en algunos casos, el corte de boleta<sup>18</sup>. Actos más originados en la propia ciudadanía<sup>19</sup>, pero que correspondían a una tendencia al predominio del voto anti menemista a nivel presidencial y en menor medida para diputados nacionales, y a un voto sobre la base de consideraciones locales para los otros niveles de representación<sup>20</sup>.

De modo que el marco general de estas elecciones estuvo signado por una suerte de separación de la competencia presidencial y nacional del resto de la contienda, basada en parte en la presunción de un resultado descontado a ese primer nivel.

Esta puja electoral estuvo dominada por la primacía del mensaje político dirigido a una ciudadanía general a través de los medios comunicación y, particularmente, la televisión. La interacción con la ciudadanía definida en estos términos, predominantemente como opinión pública escrutada por las encuestas, supuso un creciente peso del estado de la opinión y, sólo secundariamente, formas de participación ciudadana más activa. De hecho la Alianza postuló para la presidencia a su líder de opinión mejor posicionado, pero luego de una inédita elección interna abierta entre líderes de opinión<sup>21</sup>; en el peronismo, aunque el candidato fue consagrado sin competencia equivalente, éste llegó tardíamente a la postulación, luego de una feroz disputa interna que estuvo eslabonada por consultas electorales<sup>22</sup>.

---

<sup>17</sup> En algunos casos esta articulación ha sido resistida por los electores; es notoriamente el caso de la provincia de Buenos Aires donde una parte del electorado de AR cortó boleta para evitar votar al “intruso” peronista. Con todo, como se verá, el voto atado de AR le permitió al candidato justicialista conquistar la gobernación.

<sup>18</sup> En este volumen se incluyen estudios referidos a varias localidades y provincias con un elevado porcentaje de electores que cortaron boleta.

<sup>19</sup> En verdad, la presunción que algunos sectores de la ciudadanía podían ser propensos a cortar boleta incitó a ciertos candidatos a propiciar esa conducta. Fue el caso de Carlos Balter en Mendoza que aconsejaba llevar una tijera al cuarto oscuro y de los llamados de Eduardo Duhalde a “los peronistas del Frepaso” a eliminar a Fernando De la Rúa en su voto o de Carlos Ruckauf a los radicales bonaerenses para que cortaran boleta en detrimento de la fepasista Fernández Meijide. Así, el corte de boleta se incorporó como referencia práctica electoral posible de una selectividad ciudadana mayor.

<sup>20</sup> Se verá más adelante la significativa inversión de los resultados que se produjo en algunas provincias que realizaron las elecciones en una fecha anticipada a las nacionales, pero aún en las que se llevaron a cabo en una fecha coincidente el efecto arrastre fue amenguado por las consideraciones locales, con la particularidad significativa de la Provincia de Buenos Aires en la que el efecto arrastre fue nulo.

<sup>21</sup> Los principales líderes partidarios estuvieron fuera de esa competencia y Chacho Alvarez fue llevado a una candidatura, la de vicepresidente, a último momento.

<sup>22</sup> En el peronismo el estado de la opinión y la expresión ciudadana a través de las elecciones fueron decisivas para bloquear la tentativa de Carlos Menem en forzar nuevamente su postulación. El último capítulo de esa puja fue el fracaso de la lista que apadrinaba en las elecciones internas del PJ en la provincia de Buenos Aires, luego de lo cual su tentativa quedó definitivamente sepultada.



Los partidos políticos estuvieron relegados en las decisiones atinentes a la elección nacional y ello se acentuó porque en el caso de los principales contendientes se trataba, como se ha visto, de candidatos distantes de la jefatura partidaria. Pero las articulaciones entre fuerzas políticas no estuvieron ausentes y fueron importantes e incluso decisivas en algunos casos. Para el peronismo ya se han mencionado precedentemente las de la provincia de Buenos Aires y las de Mendoza. La Alianza por su parte, siendo ella misma una compleja articulación, se coaligó a su vez en los casos de San Juan, Jujuy, Salta, Mendoza, Corrientes y Santa Fe, adhiriendo en algunos de estos casos a las candidaturas de los partidos provinciales<sup>23</sup>.

Al momento de activarse la campaña, cuando las candidaturas fueron oficializadas, la presumida diferencia de posibilidades entre los candidatos los incitó a adoptar estrategias diferentes. En tanto Fernando De la Rúa procuró mantener su ventaja “haciendo la plancha” como la metáfora deportiva lo indica, su rival cifraba sus posibilidades en la desestabilización del posicionamiento de origen.

La campaña del aliancista pretendía tan sólo recoger una ola que se había gestado ya en ocasión de las elecciones legislativas y que se pronunciaba negativa o retroactivamente sobre la gestión de Carlos Menem a lo largo de los ‘90. Luego de la reelección de 1995, la opinión había virado mayoritariamente hacia un rechazo de la presumida corrupción gubernamental, cuya actualidad había sido alimentada por una sucesión de denuncias y de escándalos y de un estilo de gobierno excesivamente decisionista a los ojos de una ciudadanía ahora más exigente. El estancamiento económico durante los últimos dos años de gobierno, con sus consecuencias en términos de desocupación y empobrecimiento, así como una naciente conciencia sobre las consecuencias eventualmente catastróficas de un Estado endeudado, deficitario e incapaz de recaudar, alimentaban la esperanza de un cambio de rumbo. El nuevo humor social y de expectativas era notorio y se expresaba en una escena en la que la economía no era un tema de diferenciación significativo y en la cual, a diferencia de 1995, el miedo a la alternancia estaba ausente. Es decir, la promesa mínima de moralización de la vida pública y de moderadas políticas sociales alentaba por cierto esperanzas no completamente coincidentes. La fórmula presidencial producía sintonías en direcciones diferentes. Fernando De la Rúa, de estilo moderado, de hábitos convencionales, proveniente de los sectores más conservadores de su partido, era una

---

<sup>23</sup> Las coaliciones se han multiplicado. Uno de los componentes de la Alianza, el Frepaso, era él mismo un conglomerado de fuerzas entre las que se contaban como núcleo el Frente Grande, heredero indirecto en una escisión del peronismo, pero en el que jugaban un rol importante el socialismo democrático y en menor medida otros grupos de izquierda como el Partido Intransigente y también la Democracia Cristiana. Para la composición del Frepaso ver Cheresky, I. (1994) y Novaro, M. y Palermo, V. (1998).

En las elecciones nacionales de 1999, la Alianza extendió sus compromisos a otras fuerzas, en particular al bloquismo y a Cruzada Renovadora en San Juan y al partido Renovador de Salta. En ambos casos apoyó los candidatos a gobernador de sus aliados provinciales. Por su parte el Partido Demócrata Progresista de Santa Fé incluyó en sus listas la candidatura Presidencial del binomio encabezado por Fernando De la Rúa.

En cuanto al Justicialismo mantuvo ciertas alianzas tradicionales con la Ucedé, el Modin, País, el Movimiento popular fueguino y el Partido del Progreso social de Rosario.

Sobre las coaliciones ver en este volumen el artículo de Inés Pousadela.



garantía en la continuidad de una política económica considerada por ese entonces, pese a todo, como portadora de prosperidad futura. Carlos Alvarez, “Chacho” para sus fervientes seguidores, representaba la innovación política hecha de promesas de depurar la vida pública y de mejorar la condición de los humildes. La nula conflictividad entre ambos candidatos abría la esperanza de una referencia duradera para un amplio espectro social.

Frente a un estilo de campaña aliancista poco confrontativo, el candidato justicialista apostaba a politizarla empeñándose en producir una diferenciación difícil de alcanzar. Aunque su estrategia electoral fue zigzagueante, en términos generales<sup>24</sup> Eduardo Duhalde procuraba diferenciarse nítidamente del presidente saliente, colocándose como el portador de una alternativa efectiva, por lo que se pretendía como “el mejor cambio” y procuraba presentar a su adversario aliancista como el verdadero continuismo, “los que quieren más ajuste que voten a De la Rúa”. Sobre todo en la fase final, hizo hincapié en la identidad peronista, rescatando una conflictividad social también ausente en su adversario: “O estamos del lado de los trabajadores o estamos del lado de una concentración económica que crece más y más”<sup>25</sup>, y ello pese al aluvión de críticas que le había valido precedentemente su cuestionamiento de la deuda externa pública. Bastante antes de ser consagrado como candidato había sostenido la conveniencia de una condonación de la deuda externa para crear posibilidades reales de pagar intereses y amortizar el capital.

Junto a las referencias que trasgredían el consenso modernizante de los noventa, el candidato peronista procuró decididamente desplazar la atención hacia una solución a lo que él consideraba, en solitario, como una inminente emergencia económica por medio de una “concertación social”, que obviamente fue rechazada por la Alianza. Sin embargo, una serie de promesas vinculadas a la concertación orientadas a reactivar la producción y absorber el desempleo fueron formuladas y, en la misma línea de presentarse como un articulador social, incluyó en sus listas de diputados junto a los tradicionales dirigentes sindicales, a representantes de la Unión Industrial y de la Sociedad Rural<sup>26</sup>.

Duhalde buscaba también dar un tono federal a su campaña, explotando la presencia de su compañero de fórmula, el tucumano “Palito” Ortega, que había llegado a la política luego

---

<sup>24</sup> Eduardo Duhalde fue tardíamente consagrado por su partido, en el mes de agosto, luego de haber sorteado el sabotaje del Carlos Menem quién hubiese deseado si no podía postularse, al menos, consagrar un candidato afín. La campaña de Duhalde fue oscilante. Inicialmente trató de diferenciarse de Carlos Menem y darle a su prédica un tono de peronismo tradicional, posición que luego abandonó en vistas a mejorar su imagen ante el establishment y anudar una coalición con Domingo Cavallo, que finalmente se frustró. Pero en la fase final de la campaña volvió a temas tradicionalmente peronistas, en particular, a la denuncia de un plan de ajuste de sus adversarios inspirado en los consejos del FMI.

<sup>25</sup> En uno de los principales actos de la campaña electoral en el estadio del Club River Plate, al que concurrieron unas 50.000 personas (Clarín, 26-9-99).

<sup>26</sup> El candidato peronista proponía específicamente una reducción del impuesto al valor agregado (IVA), un compromiso con los empresarios para suspender los despidos por un año y una exención impositiva por un año a las pequeñas empresas que aportasen trabajo. El tono nacionalista y proteccionista de su propuesta se resumía en la rehabilitada consigna de “compre argentino”. En esta línea, promovía una coalición social expresada en la composición de su lista de diputados en la provincia de Buenos Aires, en la que, junto a líderes de los trabajadores, incluía a O. Rial de la UIA y G. Alchurron de la SRA.





de una amplia popularidad como cantante, al calificar a sus oponentes como “la fórmula del obelisco”. La expectativa del *challenger* peronista era la de llegar a la segunda vuelta especulando, quizás infundadamente, con la posibilidad de que en un *ballotage* los votos del tercer candidato, Domingo Cavallo de Acción por la República, se volcasen en su favor<sup>27</sup>.

Pero la fuerza del voto retrospectivo, de la propensión a sancionar al gobierno saliente de Carlos Menem y, en consecuencia, a su partido, se mostró irreversible. Pese a todo, Eduardo Duhalde apareció como la continuidad y poco pudieron sus intentos de reposicionamiento. Sus críticas al modelo, que con el tiempo se revelarían más atinadas de lo que a la mayoría le pareció en ese momento, no tuvieron mayor eco y su coalición social reforzó la imagen de un corporativismo poco seductor para los sectores urbanos modernos<sup>28</sup>.

En la lucha por los ejes de diferenciación triunfó la enunciación más abstracta de la Alianza que correspondía a un llamado más general a la ciudadanía, en detrimento de los anclajes sociales que evocó Duhalde, pero éste, sin embargo, logró recuperar posiciones entre los más humildes, en particular en el conurbano de la provincia de Buenos Aires. Es decir, que el voto peronista en decidido retroceso, tendió a mantenerse mejor o aún a recuperar posiciones en su electorado más tradicional<sup>29</sup>.

Los estilos de campaña electoral estuvieron en consonancia con los perfiles apuntados. Como en toda campaña hubo una actividad con variados medios, pero el recurso predominante de la emprendida por el candidato ganador fue la publicidad televisiva dirigida al ciudadano espectador.

Lo común fue la campaña publicitaria televisiva que desplazó a los programas periodísticos guiados por un comunicador, los cuales sobrevivieron pero sin la centralidad de antaño. Esta novedad dio a los candidatos una gran autonomía en la construcción de las imágenes y en la pugna por construir una escena en la cual posicionarse a sí mismos y a sus adversarios. La idea de espectáculo político tomó un giro novedoso con el recurso a los *spots* publicitarios con actores que ofrecían discursos de formato ficcional y que, ocasionalmente, dialogaban con los emitidos en los *spots* del adversario.

De este modo, cierta estética sofisticada sustituyó al debate de ideas. Pero, dentro de ese marco, la publicidad del candidato Eduardo Duhalde tuvo un carácter más tradicional,

---

<sup>27</sup> Las gestiones preelectorales para una coalición habían fracasado, quizás precisamente, porque el voto de centro derecha sería renuente a votar por un candidato peronista, sobre todo si éste era Eduardo Duhalde, mucho más cerca de la tradición partidaria que Carlos Menem, y su adversario era Fernando De la Rúa.

<sup>28</sup> Las transformaciones sociales, acentuadas en los noventa, han debilitado a los protagonistas sociales clásicos en los que se apoyaba tradicionalmente el peronismo y a los que Duhalde parece haber querido reanimar sin mayor éxito.

<sup>29</sup> R. Fraga (1999) y A. López (1990) han puesto de relieve la permanencia de un voto popular peronista. Sobre esas elecciones se puede consultar también Fara, C., Observaciones sobre los resultados electorales del 24 de Octubre de 1999, s/d.



haciendo más hincapié en mostrar las realizaciones de su gobierno provincial, en identificar lugares y personajes reales y en recurrir a emisores institucionales.

Sobre todo en la fase final de la campaña, el peronismo se mostró más conforme a la tradición, recurriendo a la presencia mediática directa del candidato, resituándolo en las caravanas y en los actos masivos. Así Duhalde, intentando reavivar la tradición, se mostraba rodeado de algunos líderes partidarios de predicamento distrital, considerando que la carta del peronismo unido constituía aún un recurso importante. La rehabilitación de la marcha partidaria modernizada y de los emblemas partidarios, así como una publicidad más clásica que mostraba al “pueblo peronista”, fueron elementos de una estrategia de campaña más particularista, más popular y menos ciudadana.

Coexistencia entonces de interpelación mediática y de movilización a través de aparatos y redes, pero en la que el predominio se inclinó hacia la imagen construida. En esta experiencia reciente podríamos constatar que la calle es tan sólo el lugar ocasional de la expresión ciudadana y su peso en la expresión mediática está relativizado.

El correlato de la construcción de imágenes ofertadas por los candidatos ha sido la medición permanente de los efectos de su recepción, es decir, del electorado como opinión pública representada a través de las encuestas.

Las encuestas jugaron un rol central de regulación de la campaña electoral. Por un lado suministraban el resultado probable, incidiendo en la persistencia o corrección de la estrategia de los candidatos, al tiempo que eran objeto de cuestionamiento por parte del candidato desfavorecido. Según quiénes protestaban por su publicación reiterada, la simulación continua del acto electoral a través de esas mediciones debía ser descartada para rehabilitar la incertidumbre, suponiéndose que en condiciones de impredeción se restablecía la paridad de los candidatos y lo que sucediese en la campaña tendría un efecto incrementado.<sup>30</sup>

### **Excursus : La provincia de Buenos Aires**

La batalla política que no pudo darse en el orden nacional, sí se libró en la provincia de Buenos Aires. Puede decirse que en ésta, a diferencia de la escena nacional, el resultado se definió en la campaña electoral. Es aquí donde el candidato peronista a gobernador pudo conmovir la escena y convertir una expectativa desfavorable en éxito.

La significación de la rivalidad entre Graciela Fernández Meijide y Carlos Ruckauf, y del desenlace de esta lucha se incrementó porque la candidata aliancista encarnaba también una apuesta importante del Frepaso y de los sectores más progresistas en la coalición ganadora y porque los últimos días previos a la elección la connotación autoritaria e identitaria del

---

<sup>30</sup> Sobre el rol de las encuestas en las campañas electorales ver en este volumen el artículo de Gabriel Vommaro.



llamado de Ruckauf a los electores, dramatizaron la importancia del resultado en ese distrito.

Puede argumentarse consistentemente que el candidato peronista tomó ventaja al lograr una articulación política desde el momento de la inscripción de las listas electorales, que jugó muy en su favor al asegurarse que otros dos partidos, la UCeDé y Acción por la República, hicieran propia su candidatura y, en consecuencia, incluyeran ese segmento del voto en sus propias boletas<sup>31</sup>.

Pero, debe constatarse que en este distrito la Alianza experimentó un amplio retroceso y que para entenderlo debe adoptarse una perspectiva más amplia que tenga en cuenta la evolución del electorado, es decir, la fluctuación del voto. Fernández Meijide obtuvo en esta oportunidad un porcentaje de sufragios sensiblemente inferior que cuando unos dos años antes había encabezado la lista de diputados de la entonces recientemente constituida Alianza, e incluso la boleta presidencial de De la Rúa obtuvo un score inferior al de ese entonces<sup>32</sup>.

Este retroceso tiene sin duda causas múltiples. Por lo pronto debe constatarse que, en general, el justicialismo bonaerense mejoró su resultado respecto a las elecciones precedentes y ello se debe a la recuperación del predicamento en los sectores más populares, que también se reflejó en el score de Eduardo Duhalde. Otra muy general tiene que ver con los criterios diferenciados que parecen orientar el voto ciudadano a nivel nacional y a nivel provincial. A nivel nacional la ola antimenedista era incontenible, pero ella no alcanzó forzosamente a los candidatos justicialistas locales. La estrategia electoral de la Alianza en la provincia de Buenos Aires estuvo muy en sintonía con la "promesa mínima" efectuada por De la Rúa, pero éste parece haber sido un error pues a este nivel no podía contarse con el voto retrospectivo o voto rechazo que se había instalado en el nivel nacional. Más aún, a diferencia de los intentos desesperados de Duhalde por diferenciarse de Menem, Ruckauf, en términos generales, reivindicó las realizaciones de Duhalde como gobernador de la provincia haciéndose eco de la popularidad obtenida por aquél en mérito a ciertos aspectos de su gestión. Pero a la vez, Ruckauf construyó su diferencia en torno al tema de la de seguridad urbana por medio de una áspera polémica con su adversaria, pero que también rozó a Duhalde,

Por lo pronto, sus críticas a la política de seguridad en el ámbito provincial provocaron la renuncia de León Arslanian, quién estaba a cargo de una vasta depuración de la "maldita policía", tal como era calificada la fuerza bonaerense sobre todo luego del descubrimiento de la red de complicidades que constituyeron la trama del asesinato del periodista José Luis Cabezas por presunta incitación del empresario Yabran, y de la participación de altos jefes en el atentado contra la sede de la comunidad judía. El desplazamiento del ex juez

---

<sup>31</sup> Graciela Fernández Meijide obtuvo 41.4% de los votos y su rival el 37.4% en las boletas del PJ, a los que se añadieron 5.8 % de Acción por la República y 5.0% de la UCeDé, ganando éste con un total de 48.3%.

<sup>32</sup> La lista de la Alianza obtuvo para las elecciones de diputados nacionales de 1997 en esta provincia el 48,3% de los votos, en tanto que Graciela Fernández Meijide para gobernadora obtuvo en 1999 siete puntos menos (41,4%) y el propio De la Rúa 44,5%.



“garantista” lograda por el postulante, suponía una inflexión en la política de seguridad en provecho de una orientación de mano dura. Carlos Ruckauf se lanzó en una ofensiva de frases espectaculares y ambiguas que daban el tono de la nueva orientación: “meterle bala a los delincuentes”, asegurando que apoyaría a la policía “aún a costa de la vida de los delincuentes”. Legitimaba así conocidas prácticas de violación de los derechos humanos que habían hecho la popularidad de uno de sus adversarios a quién disputaba una franja del electorado, el subcomisario Patti. A la connotación ideológica de su planteo se agregaban propuestas orientadas a endurecer las penas, y en particular a responder al fundado pero ambiguo descontento de los sectores ciudadanos que percibían la incapacidad en efectivizar las condenas, y a asegurar una mayor presencia policial en las calles.

Aunque el programa provincial de la Alianza contenía propuestas sobre el tema, destinadas a un control civil de la fuerza policial, a la intervención distrital de fiscales judiciales y a la participación de foros ciudadanos locales en la actividad de prevención del delito, la imagen dada en la campaña era que la Alianza procuraba desplazar el tema del centro de la deliberación dejando la impresión que no le daba entidad y que las soluciones se derivarían de políticas en otro ámbito, en particular el educativo. Característico de esta orientación es el *spot* en que la candidata a gobernadora sostiene: “¿Por qué cuando hablan de seguridad piensan en balas? ¿Por qué cuando hablan de trabajo piensan nada? ¿Por qué no hablan de drogas?”.

A ello se sumó una acción identitaria que calificaba a Fernández Meijide de “abortista y anticristiana”. La candidata, que había firmado en la Cámara de Diputados un proyecto de ley sobre la legalización del aborto, fue colocada a la defensiva por expresiones de su adversario que le imputaba una actitud hacia seres humanos consistente “en matarlos antes que nazcan por el sólo hecho de ser pobres”. Esta campaña identitaria adquirió mayor consistencia cuando la Conferencia Episcopal de la Iglesia Católica recomendó a los fieles votar por aquellos candidatos que rechacen el aborto y varios prelados retomaron el tema en sus sermones dominicales.

Es cierto que el contexto de la ola delictiva ya había favorecido la emergencia de una formación provincial, la del subcomisario Patti, que ilustra tanto la sensibilidad al tema en todos los sectores sociales como la disposición de algunos a una acción represiva ilegal. Pero al mismo tiempo, el accionar policial descontrolado e incluso la conexión de algunos de sus miembros con el mundo del delito creaban una sensibilidad favorable a ver la complejidad del problema, pero que no fue abordada francamente en la campaña aliancista.

Se han señalado dos factores que incrementaron las posibilidades del candidato peronista a la gobernación, más allá de la coalición hilvanada con la UCeDé y AR: la desertión de una franja de votantes radicales que cortó boleta a nivel de gobernador, sobre todo en el interior de la provincia, y una recuperación de votos en los sectores más carenciados del conurbano bonaerense, los del segundo cordón<sup>33</sup>.

---

<sup>33</sup> Ver al respecto A. López (1999).



Según los cálculos de A. López, el 83% de los votos que distanciaron a Ruckauf de Graciela Fernández Meijide, los obtuvo en el conurbano, tal como lo ilustra el cuadro siguiente:

**Comparación de los resultados de las elecciones de 1997 (a diputados) con las de 1999 (a gobernador), en porcentajes<sup>34</sup>.**

	1999			1997		
	PJ	Alianza	dif. %	PJ	Alianza	dif. %
<b>2do cordón</b>	54,5%	34,7%	-19,8	47,3%	41,9%	-5,4
<b>Gran Bs As</b>	48,4%	40,3%	-8,1	41,3%	47,5%	6,2

Como se ve, en el segundo cordón la diferencia a favor del PJ, que era del 5,4% en 1997, pasó a ser más del 20% en 1999, y en el Gran Buenos Aires en general la relación de fuerzas se revirtió a favor del justicialismo, produciéndose en ésto la conjunción de la recuperación del voto más popular con el aporte del voto de partidos más influyentes en los sectores sociales más solventes.

Puede estimarse que las chances de la candidata de la Alianza dependían de una diferenciación positiva, que probablemente no logró construir y quizás decidió desde el inicio de la campaña no encarar. Carentes de esta diferenciación renovada en vinculación con la actualidad de los problemas locales, candentes en la provincia de Buenos Aires, los rasgos de popularidad pueden tornarse puntos de vulnerabilidad. Que Fernández Meijide fuese una *outsider* de la política hacía más verosímil su combate contra la corrupción y reforzaba la creencia en su autonomía, pero en la medida en que su discurso no se amplió quizás suficientemente, el venir de afuera se trocó en rasgo de inexperiencia y en duda sobre su capacidad de gestión, bajo el embate de un adversario incisivo.

En este plano cabe agregar que los líderes del Frepaso, fuertemente instalados en la opinión pública desde su emergencia como críticos del Pacto de Olivos, al no pertenecer a un partido tan organizado como los históricos y tener una trayectoria más nueva tenían que renovar su lazo de representación cada vez – careciendo de una inscripción pública tan permanente como otros líderes y teniendo un electorado cautivo más reducido-, al tiempo que generaban las resistencias habituales en adversarios y aliados.

Una consideración particular debería darse a la desprejuiciada diferenciación emprendida por Carlos Ruckauf con el llamado al voto identitario, al calificar a su adversaria de atea y anticristiana. No es posible estimar si esta resonante delimitación en términos religiosos ha sido electoralmente eficaz<sup>35</sup>. Pero su empleo expresa probablemente la percepción que el

<sup>34</sup> Datos elaborados sobre la base de la información suministrada en A. López (1999).

<sup>35</sup> Se puede presumir incluso que algún sector liberal de la derecha reaccionó negativamente, si se toma en cuenta el corte de boleta de los votantes de Acción por la República en el ámbito de la provincia de Buenos



debilitamiento de las pertenencias tradicionales y de las identidades políticas globales sume a muchos sectores sociales en una suerte de desamparo de sentido, que puede ser explotado con la propuesta de identificaciones discriminatorias y no pertinentes cuando son trasladadas al plano público.

### La fluctuación del voto

Entre los principales cargos en disputa (fórmula presidencial, diputados nacionales, gobernador, representantes provinciales y municipales) se produjeron fluctuaciones significativas en el voto, coadyuvadas en la mayoría de los casos por la realización de las elecciones en fechas diferentes, lo que no requería entonces del corte de boleta para el voto heterogéneo.

La mayor polarización se produjo en las elecciones presidenciales entre el candidato de la Alianza, Fernando De la Rúa y el del Partido Justicialista, Eduardo Duhalde que en conjunto reunieron el 87 % de los votos “positivos”<sup>36</sup>. El voto para diputados nacionales presentó ya una mayor dispersión a favor de los partidos menores, sin embargo, los dos principales concentraron aún el 76% de los votos “positivos”.

### Variación del voto partidario según nivel de representación en las elecciones de 1999 (en porcentajes).

PJ			Alianza			Otros		
Presidente	Diputados	Gobernador	Presidente	Diputados	Gobernador	Presidente	Diputados	Gobernador
38,27%	32,69%	43,28%	48,37%	43,70%	42,03%	13,36%	23,61%	14,69%

Puesto que para diputados nacionales se vota a listas y se elige por representación proporcional según distritos provinciales, se hacía posible una mejor expresión de preferencias hacia terceras fuerzas, favoreciendo así una significativa dispersión del voto.

En el voto a gobernador se volvió a producir una concentración bipartidista del voto pero con una inversión de tendencia<sup>37</sup>. PJ y Alianza reunían el 85% de los votos, pero en este caso la suma de los votos del PJ a nivel de los ejecutivos provinciales superaba levemente a los de la Alianza. Para tener en cuenta la masividad del desplazamiento del voto a favor del peronismo y en perjuicio de la Alianza, debe tenerse en cuenta que los datos generales están

---

Aires. Esa fuerza política obtuvo para presidente 9,2%, para diputados nacionales 7,2% para gobernador (Carlos Ruckauf) 5,8%.

<sup>36</sup> La concentración del voto en las dos principales fuerzas para diputados nacionales había sido: 86,6% en 1983; 78,5% en 1985; 80,2% en 1987; 79,5% en 1989; 69,5% en 1991; 73,6% en 1993; 59% en 1994; 64,7% en 1995; 81,9% en 1997 y 76,4% en 1999.

<sup>37</sup> Estos cálculos se han hecho omitiendo la provincia de Corriente que no eligió gobernador en esta oportunidad.



atenuados dado que para jefe de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires el justicialismo obtuvo una cantidad de votos muy inferior a su caudal histórico, debido a la polarización ocurrida en esta oportunidad en desmedro de su candidato, en elecciones que se hicieron con bastante posterioridad respecto a las presidenciales<sup>38</sup>.

En resumen, los votos para gobernadores obtenidos por el justicialismo superaron en 600.443 sufragios al voto presidencial, ilustrando de ese modo el poder superior de convocatoria de los mandatarios provinciales, que en muchos casos se presentaban a la reelección<sup>39</sup>. Este incremento del 5,01% indica una fluctuación del voto tanto más significativa cuanto que el voto presidencial es resultado de una polarización, por lo que a nivel de diputados el voto peronista disminuye en 1.200.342 votos lo que representa un 5,58% menos. En conjunto, la oscilación del voto peronista abarca más de 2.000.000 de electores. En provincias como Santa Fe, Formosa y San Luis, el incremento del voto a gobernador respecto al presidencial representó para este partido un porcentaje superior al 24%.

La Alianza experimentó también una intensa fluctuación del voto, pero en un sentido opuesto al de sus adversarios. Su mayor caudal fue para Presidente, y respecto a esta cifra obtuvo 1.075.788 votos menos a diputados (-4,67%) y 1.539.196 menos para gobernadores (-6,34%).

Aunque el comportamiento electoral local tiene, como se ha señalado, diferencias significativas con el nivel nacional, ello redundó paradójicamente en la reducción del número de los gobernadores electos por los partidos provinciales y terceras fuerzas, alcanzando el triunfo tan sólo Jorge Sobisch del Movimiento Popular Neuquino. Domingo Cavallo, candidato a jefe de gobierno por una coalición local en Capital Federal, hizo una buena elección pero fue derrotado por el candidato de la Alianza y lo mismo sucedió con Ricardo Bussi en Tucumán que fue superado por el candidato peronista en una elección triangular.

En sentido contrario puede percibirse el efecto desalentador a la fluctuación del voto que se produce cuando las elecciones son simultáneas. El 27 de octubre de 1999 seis provincias renovaron sus cargos electivos y en dos de ellas – Mendoza, donde había una competencia triangular para gobernador, y Entre Ríos - triunfaron, desmintiendo los pronósticos y las encuestas previas, los candidatos a gobernador de la Alianza<sup>40</sup>.

---

<sup>38</sup> Las elecciones para elegir jefe de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires se hicieron el 7 de mayo de 2000. En ellas se produjo una polarización entre Anibal Ibarra, candidato de la Alianza, finalmente ganador, y Domingo Cavallo, quién había competido por la presidencia con su propio partido y que ahora a nivel subnacional concentraba los votos opositores al nuevo oficialismo nacional. Aún en esta oportunidad, se nota una considerable fluctuación del voto puesto que Ibarra obtuvo unos 200.000 votos menos de los obtenidos por Fernando De la Rúa para Presidente.

<sup>39</sup> En el caso de la provincia de Córdoba, el candidato peronista, Juan Manuel De la Sota, ganó las elecciones en el tradicional reducto del radicalismo, pese a la ola antimenemista a nivel nacional.

<sup>40</sup> El efecto arrastre fue significativo en Entre Ríos donde la lista presidencial obtuvo el 51,4% de los votos y la de gobernador el 49,1%, logrando la supremacía por escaso margen sobre la lista justicialista que había



En la provincia de Buenos Aires, en cambio, como se ha visto, aunque las elecciones presidenciales y provinciales fueron simultáneas, el PJ logró incrementar los votos a gobernador reteniendo su electorado y estableciendo un sistema de alianzas con otras fuerzas políticas.

## **Los resultados de las elecciones de diputados y senadores del 2001 en una perspectiva comparativa**

Las elecciones nacionales del 14 de Octubre de 2001 marcaron una discontinuidad brusca respecto al ciclo electoral precedente. Estuvieron signadas por un retroceso de las opciones tradicionales y, sobre todo, por la irrupción del voto “negativo” en su diferentes manifestaciones (voto nulo y blanco) y también abstención. Los resultados evidenciaron una crisis de representación y, en ese sentido, presentaban una especificidad que relativiza toda comparación, puesto que el elegir mismo era cuestionado en esa oportunidad. De este modo, bajo una forma distinta que las anteriores, las elecciones fueron ilustrativas también de una creciente autonomía ciudadana y de la emergencia de nuevas propuestas de representación.

Si se tiene en cuenta que se trata de elecciones que en el orden nacional solo ponían en juego las bancas correspondientes a la renovación parcial de la Cámara de Diputados y la elección de los Senadores, es decir, que la boleta sólo tenía dos secciones y que las elecciones para esos cargos eran simultáneas, el margen para la fluctuación inter temporal era reducido, aunque algo de eso ha sucedido, en favor de partidos provinciales. Pero el signo dominante ha sido el masivo desplazamiento de votos entre elecciones sucesivas del oficialismo, pero también de la oposición peronista, hacia la abstención y el voto negativo y, en menor medida, hacia fuerzas políticas alternativas.

Este cambio en el comportamiento electoral se preanunció durante la breve campaña electoral, aunque no en la magnitud alcanzada. En verdad, la formalidad del escrutinio dio la oportunidad para que cristalizara un cambio significativo en la disposición ciudadana.

### **Campaña electoral sin oficialismo: la disputa por el voto opositor <sup>41</sup>**

El período preelectoral estuvo signado por los intensos vaivenes de la crisis económica: en marzo, la llegada de Domingo Cavallo al Ministerio de Economía con la imagen de alguien escuchado en el mundo de las finanzas y trayendo la promesa de una estrategia económica

---

alcanzado el 47,5% de los votos, pese a que esta había mejorado mucho el score del candidato presidencial que había alcanzado tan sólo el 40,9%.

En Mendoza, en cambio, los resultados para gobernador de la Alianza estuvieron mas de 15 puntos debajo de los obtenidos para Presidente. De todos modos obtuvo el triunfo, pese a que el candidato del Partido Demócrata local hizo una buena elección.

<sup>41</sup> Sobre el rol de la oposición en el régimen político ver en este volumen el artículo de Inés Pousadela.





que sortearía las más duras políticas de ajuste para atenerse a procedimientos neokeynesianos de aliento al crecimiento, despertó esperanzas y coadyuvó a alcanzar un consenso parlamentario para habilitar una concentración de poder. Pero pronto la expectativa se fue debilitando, pese a excepcionales iniciativas de reestructuración de la deuda y de restricción del gasto en vistas al déficit cero.

Desde varios meses antes de las elecciones el índice de riesgo país superó los mil puntos, lo que significaba que el crédito para las finanzas públicas estaba cortado y la progresión de ese índice, que llegó en la semana previa a las elecciones a los 1800 puntos— casi el más alto del mundo en ese entonces—, fue alejando la perspectiva de una recuperación. El sistema financiero y el conjunto de la economía, afectados por la significativa fuga de capitales que se produjo a lo largo del año, dependían cada vez más de la confianza de los ahorristas nacionales en la salud del sistema y en su disposición a no precipitarse a retirar sus ahorros e inversiones. En vísperas de los comicios, la caída en la recaudación fiscal, en 14% respecto al año anterior, indicaba tanto la declinación de la actividad económica como los efectos de un creciente escepticismo que retraía la contribución a las arcas públicas.

Las semanas que precedieron a las elecciones fueron dominadas por una completa reversión de tendencia en el estado de la opinión, lo que se reflejaba en el pronunciamiento de los actores políticos. Ahora, el fuego se concentraba en el rechazo a la política económica, que había vuelto a requerir la reducción del gasto público, y a la responsabilización del Ministro de Economía cuya renuncia era reclamada por la mayoría de los candidatos. Pero este coro negativo no suscitó interés en los electores que siguieron sin entusiasmo la breve y deslucida campaña electoral.

Esta situación de ausencia de oficialismo electoral no es excepcional y probablemente corresponde a las tendencias contemporáneas que rigen la recreación de la legitimidad política. De hecho, en 1989, Eduardo Angeloz para competir por la presidencia procuró diferenciarse de su correligionario Presidente al punto que esgrimió como trofeo la provocada renuncia del Ministro de Economía. En 1997, el entonces presidente Carlos Menem se consideró a tal punto eximido de la derrota de los peronistas en las legislativas que esgrimió ese resultado como ilustración de la impericia de su rival Eduardo Duhalde y lo tomó como pretexto para relanzar sus intenciones reeleccionistas. Y el propio Menem consideró el resultado de las presidenciales de 1999 como un factor de debilitamiento de sus adversarios internos y alentador para encarar su retorno en el 2003.

Del mismo modo, Fernando De la Rúa se situó en una posición de desentendimiento, confiando en que las elecciones pudieran desautorizar a sus rivales en el Partido Radical y reproducir una fragmentación en el liderazgo peronista, que le permitieran maniobrar en el futuro. Sin embargo, su fragilidad era inédita dada la orfandad de partido en que se hallaba, situación muy diferente a la que conocieron sus predecesores<sup>42</sup>. El rápido descrédito de la

---

<sup>42</sup> En su propio reducto, la Capital Federal, de la que había sido jefe de gobierno, no logró que la lista de sus partidarios ganase las elecciones internas. Por el contrario, ese distrito llevó como candidato a uno de sus más encontrados adversarios, su ex jefe de gabinete, Rodolfo Terragno.



estrategia económica mencionada había acentuado el aislamiento del gobierno, de modo que en el segundo semestre del año sus índices de popularidad eran del orden del 9%.

La escena electoral en consecuencia aunque presentaba a candidatos en competencia, no permitía establecer una línea divisoria entre oficialismo y oposición, puesto que ninguno de los postulantes de la Alianza defendía la acción de gobierno y, por el contrario, los principales candidatos convergían en un coro crítico continuando de ese modo la escasa diferenciación política de los meses precedentes.

Sin embargo, en esa escena era posible establecer ciertas distinciones significativas. Entre los propios candidatos de la Alianza, la posición de Rodolfo Terragno, candidato a Senador por la Ciudad de Buenos Aires y aspirante a candidato presidencial para el futuro, prometía imponer un cambio en el modelo económico y en el gabinete; en tanto que su correligionario Raúl Alfonsín, que disputaba la senaduría por la provincia de Buenos Aires siendo crítico de la orientación económica y manteniendo las mismas esperanzas, se concebía como un interlocutor para orientar al presidente hacia un cambio y un acuerdo nacional de gobernabilidad con los peronistas luego de las elecciones.

El tono de ácida crítica al gobierno y en particular al Ministro de Economía, dado por el candidato porteño, contrastaba con la posición moderada del candidato peronista a senador por la provincia de Buenos Aires, Eduardo Duhalde, quién aunque criticaba la acción de gobierno daba signos de impulsar a futuro fórmulas de cooperación política.

Sin embargo, hacia el final de la campaña, las exigencias de los gobernadores peronistas, acuciados por el incumplimiento de la coparticipación federal de los impuestos, incitó a los candidatos peronistas a una crítica más abierta y frontal del propio Presidente.

La tónica de las confrontaciones preelectorales estuvo dada por la competencia porteña. En los candidatos de la Alianza pesaba con fuerza el desafío tanto de las nuevas alternativas, en particular la Agrupación por un República de Iguales (ARI) que por un momento apareció con posibilidades de obtener el primer lugar, y el de la partidos de izquierda que si se adiciona sus fuerzas dispersas lograron un escore inédito. Una paradoja significativa es que en este distrito los únicos candidatos que defendían la acción de gobierno, o al menos de su Ministro de Economía, eran los de una lista en que se habían aliado los partidarios de Domingo Cavallo con los representantes, sobre todo menemistas, del peronismo.

La crisis económica, conteniendo la posibilidad de una evolución catastrófica, y la debilidad del poder político tenían en conjunción un efecto depresivo sobre la coyuntura y pesaron fuertemente para relativizar en el ciudadano común la trascendencia del acto electoral. El gobierno era considerado como responsable de lo que sucedía, no tanto por su acción como por su incapacidad de establecer un rumbo inteligible. Esta situación fue momentáneamente paleada cuando se generó la ilusión en el plan heterodoxo de Cavallo, pero cuando esta esperanza se desvaneció, la desnudez de gobierno pareció más evidente. La perspectiva de continuar en esta situación por otros dos años era también difícil de concebir tanto para el ciudadano común como para los analistas políticos.



El creciente clima de descontento ciudadano se preanunciaba en la emergencia de una perceptible tendencia al voto negativo y en la popularidad volátil de los líderes emergentes. La disidente Lilita Carrió, que parecía haber capitalizado el descontento luego de haber desplazado en la opinión pública a los dirigentes preferidos de la oposición, también retrocedió en ese registro para el momento en que se iba a votar, cuestionada por los excesos de sus denuncias y por las incertezas de su posición de liderazgo.

### **La centralidad del voto negativo en los resultados electorales**

A la hora del escrutinio se planteó un dilema en la interpretación de los resultados. Muchos, movidos por una perspectiva institucional, se focalizaron en los llamados votos positivos. El peronismo había ganado conquistando posiciones parlamentarias decisivas para el futuro. Pero, el análisis no podía tan simplemente poner en el centro de la reflexión al sistema institucional, puesto que éste precisamente aparecía cuestionado. La masa de abstencionistas, de quienes anularon su voto o votaron en blanco reunía en conjunto el 42,67% del electorado potencial, proporción bien superior a la de aquellos que votaron por las dos principales fuerzas políticas que habían gobernado el país desde la refundación democrática y que en sumadas alcanzaban al 34,6% de ese mismo conjunto ciudadano.

La fragilización de la relación con las instituciones políticas ilustrada por la mencionada relación presentaba aspectos diferenciados.

Por una parte, en estas elecciones hubo un récord de votantes habilitados que no concurren a los comicios, alcanzando éstos al 24,58% del padrón, un incremento del 6,81% respecto a 1999<sup>43</sup>.

En cuanto a los votos anulados y blancos, éstos representaron en conjunto el 23,99% de los votos emitidos<sup>44</sup>. Es decir, 4.508.883 sufragantes, casi uno de cada cuatro, rechazó las opciones que se le presentaban. En general, este comportamiento electoral fue más acentuado en los sectores urbanos y de mayor nivel socio económico o educativo. La Capital Federal (24,47%) y Neuquen (24,49%) tuvieron un récord de votos anulados, en tanto Santa Fe encabezó los distritos con alta proporción de voto en blanco (30,38%)<sup>45</sup>.

Votos blancos y anulados son ambas formas activas de rechazo a las ofertas políticas existentes, pero el voto anulado que contiene generalmente boletas electorales destruidas o

---

<sup>43</sup> Los datos mencionados se refieren a las elecciones legislativas. Debe tenerse en cuenta que cuando se trata sólo de elecciones legislativas la concurrencia suele ser menor a aquellas oportunidades en que también se elige presidente. Sobre la tendencia histórica al crecimiento de la abstención ver en este volumen el artículo de Yann Basset.

<sup>44</sup> De ellos, un 13,23% eran nulos y un 10,76% eran votos blancos.

<sup>45</sup> El promedio de voto en blanco en las elecciones de diputados nacionales realizadas desde 1983 es de 3,04%, pero en los '80 el promedio era inferior y subió en la década siguiente.



algún mensaje escrito del elector, revelaban un mayor grado de intensidad. Estos votantes que así se expresaban conforman una categoría de nuevos disconformes.

Esta expresión de protesta ha tenido por cierto un sesgo social, puesto que es más característica de los barrios de clase media y alta. Así, como se ha señalado, el voto nulo y blanco ha sido muy importante en Capital Federal, pero tuvo una distribución barrial relativamente despareja: los votos negativos fueron superiores al 30% en Palermo, Saavedra, Socorro, Belgrano y Pilar; con menos del 24% Villa Lugano, Concepción y Balvanera Oeste. En la provincia de Buenos Aires también se notó cierta diferenciación social en este voto: el promedio de votos “negativos” para toda la provincia fue 25.85%. En San Isidro y Vicente López ese voto superó el 31%, pero hubo localidades como Almirante Brown, Malvinas Argentinas, Esteban Echeverría, Merlo, Moreno y José C. Paz en que fue menor al 18% .

El Partido Justicialista obtuvo el 36,3% de los votos para diputados nacionales, superando ampliamente a la Alianza que sólo alcanzó el 23,03% en todo el país. Esta ventaja le permitió alcanzar una posición de hegemonía institucional: conservar la mayoría absoluta en el Senado, alcanzar una primera minoría holgada en Diputados y reafirmar su predominio en la mayoría de las provincias, puesto que resultó mayoritaria en 17 distritos.

Pero este predominio institucional no podía ocultar el hecho de que la nueva mayoría participaba del deterioro de la legitimidad política general, el peronismo había ganado ampliamente, pero con un caudal de votos inferior en 872.453 sufragios al resultado obtenido dos años antes, cuando había sido derrotado catastróficamente, es decir, una disminución en su caudal del 14,37%. Más que en otros distritos, el peronismo había perdido votos en la provincia de Buenos Aires y en Santa Fe .

Es decir, que el triunfo justicialista encubría su caída en votos absolutos, disimulada por el modo de cálculo que no tomaba en cuenta los votos negativos y no evidenciaba la dispersión del electorado sufragante .

En cuanto a la Alianza, su caída fue catastrófica pues perdió 4.800.937 votos respecto a la elección precedente, es decir, que su caudal disminuyó en 60,21%, y de hecho fue derrotada en provincias que gobernaba como Entre Ríos, Mendoza y San Juan, pero con todo logró triunfar en seis distritos. Es que sus retrocesos mayores se produjeron en distritos como Capital Federal en donde, gracias a la dispersión del voto, llegó primera pero viendo su caudal electoral reducido a casi un cuarto de lo que era precedentemente, una caída similar se produjo en la provincia de Buenos Aires<sup>46</sup>. Es decir que la Alianza retrocedió más en el litoral, donde más ilusiones había despertado.

---

<sup>46</sup> En Capital Federal los candidatos de la Alianza ganaron con 260.000 votos, en tanto que en 1999 habían obtenido 1.029.340. En la provincia de Buenos Aires, la Alianza salió segunda con 814.376 votos, casi un cuarto de los 3.080.133 obtenidos dos años antes.



De modo que, aunque las elecciones se nacionalizaron en torno a la crítica al gobierno y a la política económica, el peso de los poderes locales se hizo sentir sobre todo en las provincias del interior.

Otro aspecto de la transformación en el comportamiento político es la desconcentración del voto. En 1999, peronistas y radicales sumaban el 76,7% de los votos emitidos, proporción que en esta elección cayó al 58,8%. Pero esta significativa dispersión no benefició a los partidos provinciales y de centro derecha como Acción por la República, que eran las opciones de las elecciones precedentes, sino a nuevas fuerzas de vocación “alternativista” como Agrupación por una República de Iguales (ARI) y al Polo Social. La izquierda, aunque fragmentada, incrementó su caudal electoral, obteniendo el 27,12% de los votos en la Ciudad de Buenos Aires y a nivel nacional con más de 600.000 votos, se convirtió en la cuarta fuerza nacional. El ARI tuvo el segundo puesto en Capital Federal y el tercero en Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe.

### **Las elecciones como dispositivo democrático de renovación política**

Las elecciones han sabido recoger incluso el cuestionamiento de los canales que ofrece y, en ese sentido, pueden albergar la crisis de representación.

De hecho, cuando desde fines del año 2001, el descontento con la representación y con el modo en que se aseguraba el imperio de la ley se expresó a través de la movilización ciudadana divorciada de sus canales tradicionales, el cuestionamiento a los gobernantes que sucedieron al presidente renunciante invocaba la falta de legitimidad electoral y la reivindicación de esa práctica fundante de toda legitimidad fue frecuente. Es más, votar se transformó en el recurso por excelencia que acompañaba en su momento a las prácticas deliberativas de las asambleas barriales, como un procedimiento que conscientemente procuraba preservar la ciudadanía de las manipulaciones minoritarias.

Las elecciones son, por cierto, el mecanismo de renovación política por excelencia. Su formato y periodicidad alientan la formación de alternativas, pero al mismo tiempo establecen restricciones para la renovación, pues ésta está regulada: tiempos legales para los mandatos, condiciones para el acceso a los cargos.

En sociedades en debacle, como la Argentina, aparecieron dos tipos de límites a las expectativas depositadas en las elecciones. Uno proveniente de la renovación esperada de la representación política que no se produce o, al menos, no con la velocidad requerida y ello porque la emergencia de líderes reconocidos y de organizaciones que los sustenten es un proceso que responde a otras lógicas que las de la mera regularidad de las elecciones. .

Otro límite proviene de las restricciones a la soberanía nacional, es decir, a la eficacia y a la creencia colectiva en la voluntad política en un país que por su endeudamiento se halla muy sujeto a imperativos provenientes del contexto externo y que para contrarrestarlos o



atenuarlos requiere de consensos internos que relativicen la conflictividad más de lo que la confrontación política libre admitiría.

No obstante, los resultados electorales constituyen una realidad que dirime conflictos y reorienta las acciones políticas. Cada actor se reacomoda en función de ese principio exterior a cada uno de ellos y que constituye un marco disciplinador. Las elecciones intermedias, como las recientemente consideradas, revisten cierta especificidad. Son las elecciones por excelencia del voto castigo y a veces anticipatorias, como fueron las de 1987 y 1997 del voto contra un Presidente saliente y un partido. A la vez, las formas democráticas inhiben de darles un carácter plebiscitario que afecte la estabilidad del gobierno, sin embargo, en las democracias más débiles es inevitable que tengan consecuencias legitimadoras o deslegitimadoras generales.

Las elecciones del 14 de Octubre de 2001 pusieron en la palestra el debate sobre un comportamiento electoral relativamente inusual. El sentido de ese comportamiento, como el de todo acto de negatividad o rechazo, está abierto a evoluciones variadas. El voto “negativo” es parte general de un vasto abanico de movilización electoral que se extiende desde aquellos que al abstenerse se retiran del proceso, hasta los otros que votando positivamente manifiestan su descontento con las principales opciones políticas inclinándose por un voto con una mayor pretensión de innovación o que reviste simplemente un carácter testimonial. Pero en esta variedad de reacciones lo más significativo ha sido el voto propiamente “negativo” que invita a considerar el conjunto de la reacción como crisis de representación puesto que se pone en evidencia un reclamo de carencia política, es decir, que se busca una representación pero se expresa insatisfacción con las alternativas que se proponen.

El voto negativo es activo, se trata de electores que concurren y pretenden expresarse y buscan probablemente que su acto tenga consecuencias, y esto es particularmente cierto para el voto anulado.

Y en verdad estas elecciones han producido un efecto inesperado al dar cabida a un sector de electores que se apoderan de una categoría de computo técnica, habitualmente neutra, el voto anulado y blanco, para darle un sentido nuevo. Se construye una expresión que no estaba institucionalmente habilitada. El antecedente ha sido, desde 1955 a 1973, el empleo del voto en blanco como expresión del peronismo por entonces electoralmente proscrito.

La fluctuación del voto ha tenido otras expresiones significativas, ilustrativas también de la autonomía y selectividad ciudadana, en particular, en el distrito porteño. La lista peronista no oficial, la encabezada por la diputada Irma Roy, obtuvo la mitad de los votos que los de la lista de senadores de su partido, luego que se revelara que la mencionada legisladora adicionaba a su sueldo el cobro de una jubilación de privilegio<sup>47</sup>. Más notorio ha sido el

---

<sup>47</sup> La Alianza Frente por un Nuevo País, que llevaba a Gustavo Beliz como candidato a Senador, obtuvo 12,12% de los votos, en tanto que la lista para diputados encabezada por Irma Roy alcanzó el 6,51%, es decir, casi la mitad del electorado de esa Alianza de filiación peronista cortó boleta.



caso de Luis Zamora que fue premiado por el electorado con más del 7% de los votos en reconocimiento a su probidad personal. El mismo candidato reconoció que su electorado expresaba más una protesta que un voto de izquierda<sup>48</sup>.

¿Cuáles fueron las consecuencias institucionales de esa elección?

Como resultado de las elecciones, el PJ renovó su mayoría absoluta en el Senado<sup>49</sup>, alcanzó la primera minoría en Diputados<sup>50</sup> y reafirmó su hegemonía en la mayoría de las provincias<sup>51</sup>. Así, por primera vez desde 1983, un gobierno se encontraba en minoría en ambas Cámaras, despertando las especulaciones referidas a la debilidad característica de los regímenes presidencialistas. Estos regímenes tienen un desdoblamiento de la legitimidad puesto que tanto el presidente como el parlamento se originan directamente en el voto popular, de modo que cuando ejecutivo y legislativo entran en conflicto abierto puede producirse un impasse institucional puesto que no existiría un tercero legalmente habilitado para dirimir entre ambos. Este tipo de conflictos ha estado en la base de la inestabilidad política de los años sesenta y ha llevado a criticar la conveniencia de esta forma de gobierno<sup>52</sup>.

Se especuló en su momento sobre la eventualidad de un gobierno de coalición que procurara tomar en cuenta las novedades que planteaban los resultados electorales, y Raúl Alfonsín y Eduardo Duhalde parecen haber obrado en esa dirección. Pero una vez conocidos los resultados, el Presidente en primer lugar dio la espalda a una interpretación verosímil de los mismos y a la posibilidad de una recomposición del poder al afirmar que: “Si ha habido muchos votos nulos o en blanco, que es un reclamo a la clase política en general” y concluyendo que para su fuerza política “el resultado electoral es excelente”<sup>53</sup>. Por su parte el justicialismo, acicateado por un resultado que lo cuestionaba también, amenazó con alterar su actitud cooperativa y se empeñó en proponer la derogación de la ley de competitividad, pero sus posibilidades eran escasas pues hubiese debido reunir los dos tercios de los parlamentarios.

---

<sup>48</sup> El partido Autodeterminación y Libertad no hizo publicidad electoral y su candidato a diputado se limitó a aparecer como invitado en algunos programas televisivos. La lista encabezada por Luis Zamora obtuvo el 7,17% de los votos. Zamora sostuvo: “Creo que una parte de lo que se expresó previamente en un voto en blanco o impugnado finalmente decidió canalizarlo a través de mí” (La Nación, 16-10-2001).

<sup>49</sup> El Senado quedó integrado por 39 peronistas, 26 de la Alianza (UCR 25 y Frepaso 1), 6 de los partidos provinciales y 1 del ARI. La nominación de este último se halla en trámite judicial pues su elección ha sido impugnada.

<sup>50</sup> Los principales bloques en la Cámara baja como resultado de esta elección quedaron así integrados: PJ 117, Alianza 97, partidos provinciales 20 y 23 otros partidos.completar

<sup>51</sup> Resultó ganador en 17 provincias, en alguna de las cuales había elecciones locales. En particular, recuperó la mayoría en ambas Cámaras en la estratégica provincia de Buenos Aires, en la que los dos años anteriores se hallaba a merced de un predominio aliancista que le obligaba a cohabitar y a negociar tanto a nivel local como nacional.

<sup>52</sup> Ver Linz, J. y Valenzuela, A. (comp.) (1994).

<sup>53</sup> Ver La Nación 18-10-2001.



A diferencia de situaciones análogas en el pasado, predominó la prudencia y la cooperación institucional. Todos se sentían cuestionados y, aunque ello propiciaba la diferenciación política en vistas a reestablecer lazos de representación con la ciudadanía, también era cierto que la emergencia económica ponía límites a lo que pudiesen ser consideradas como conductas disruptivas, eventualmente rechazadas por esa misma ciudadanía. La experiencia de las elecciones de octubre enseñaba que no era suficiente la crítica radicalizada para encontrar eco popular, las exigencias de la representación política eran mayores. Esta debilidad de la “clase política” en su conjunto, la incitaba a la prudencia.

Debe tenerse en cuenta también que en muchos líderes políticos ha estado presente una vocación de proteger la continuidad institucional. Finalmente, la mencionada indiferenciación política que se agudizó con la crisis ha tenido por cierto un componente de incapacidad en escapar a una concepción kitch de la política<sup>54</sup> que, de tanto procurar satisfacer el estado de la opinión y controlar los efectos de los actos políticos, llega al divorcio completo por incapacidad de construir un sentido que pueda efectivamente construir la representación. Pero ha habido también un aprendizaje democrático que ha favorecido entre los representantes nuevas costumbres, con un mayor componente de preocupación por el interés general.

Pero si, pese a las interpretaciones conspirativas sobre los acontecimientos que llevaron a la renuncia de Fernando De la Rúa, puede sostenerse que una crisis mayor fue evitada es porque, si bien por un momento la crisis de legitimidad superó el marco institucional articulándose con la debacle económica, y conduciendo a una suerte de desobediencia cívica que provocó el alejamiento del presidente, esta vez no hubo ruptura institucional.

---

<sup>54</sup> Ver Plot, M. (2001).





### **Bibliografía mencionada**

- Abal Medina, J.M. y Calvo, E. (2001).*El Federalismo electoral argentino*. Eudeba, Buenos Aires.
- Cheresky, I.(1994).*La innovación política. Reflexiones a partir de las elecciones del 10 de abril de 1994 en Argentina*. Instituto Gino Germani de Investigaciones, Buenos Aires.
- Fara, C. Observaciones sobre los resultados electorales del 24 de octubre de 1999. (s/d)
- Fraga, R.(1999).”Elecciones del 99.Análisis de los resultados.” Centro de Estudios Nueva Mayoría, Buenos Aires.
- Linz, J. y Valenzuela, A. (comp) (1994).*La crisis del presidencialismo*. Editorial Alianza. Madrid.
- Lopez, A.(1999).Mama me mimá. Equis, Buenos Aires.
- Novaro, M. y Palermo,V. (1998).*Los caminos de la centroizquierda. Dilemas y desafíos del Frepaso y de la Alianza*. Editorial Losada, Buenos Aires.
- Plot, M (2001).El kitch político. Tesis de Maestría, Universidad de San Martín, Buenos Aires.

### **Fuentes periodísticas.**

- La Nación
- Página 12.